

PARTE V

**MEMORIAS Y EXPERIENCIAS
EN EL INSTITUTO
DE CIENCIAS, SIGLO XX**



RECUERDOS DE LA “PREPA”

Alfonso Pérez Romo

Universidad Autónoma de Aguascalientes

Proemio

Cuando llegó el momento de pasar a la Educación Secundaria en el año de 1935 todavía estaban vivos en Aguascalientes, tanto los últimos intentos de implantar la llamada educación socialista, como los ataques y desencuentros del gobierno de Enrique Osornio Camarena con la educación privada y el culto religioso.

Mis padres –mi madre sobre todo, católica sincera– influenciados seguramente por el sentir general de la población, creyeron prudente que mi hermano Ramón y yo iniciáramos la formación media superior con los Hermanos Maristas de la ciudad de San Luis Potosí y ahí cursamos los dos primeros años de la educación secundaria.

Todavía tengo viva en el recuerdo la presencia de un grupo excelente de educadores que influyeron sin duda en la formación de mi personalidad: el director don Braulio Vidaurre

con otros nombres inolvidables como Luna, De Luca, Bonett, Sales, Gerbore y otros.

Acababa de cumplir diez años y las experiencias del internado con sus horas de soledad y añoranza, de tareas escolares exigentes y asuetos deportivos excitantes fueron las primeras voces interiores que me empezaban a decir que llega un día en que hay que dejar el nido, aprestarnos a soñar un rumbo y volarlo con nuestras propias alas.

A esa tierna edad, vivía aquellos días con asombro, emoción, desasosiego y una sensación de melancolía por los días de la niñez que se escapaba.

A la vuelta de dos años, siendo ya gobernador del estado Juan G. Alvarado, y rector del Instituto de Ciencias el doctor Rafael Macías Peña, los ánimos se habían calmado y el talante tranquilo y conservador que siempre había campeado aquí volvió a su cauce. Todavía estaban lejanos los días del despertar tumultuoso y modernizador de nuestro Estado.

Al iniciar el año de 1937 en el que teníamos que pasar al tercer año de secundaria y en vista del giro que tomaban los acontecimientos, mis padres tomaron la acertada decisión de inscribirnos en el Instituto de Ciencias del Estado, “La prepa”, como se conocía popularmente.

La novatada

Al fin llegó la mañana de ingresar al Instituto y aquel día los novatos nos presentamos a las puertas del noble edificio frente al Parián, con una mezcla de interés y de angustia, pues sabíamos de antemano que nos habrían de rapar y pintarraजार desfilando luego por las calles de la ciudad.

Al pasar al patio del edificio venerable que fue claustro conventual de los franciscanos en otros años, nos encontramos con una multitud gárrula, inquieta, vocinglera, voraz y confusa que nos arrebatava con ánimo burlesco y comenzaban a tusar-

nos los cabellos con tijeretazos bruscos y violentos. Me encontraba siendo víctima de los abusos y atropellos de aquella tropa despiadada cuando de pronto apareció un estudiante vigoroso de voz estridente que me apartó de aquella turba y gritó: “No toquen a mi sobrino”; yo entonces no lo conocía y, por supuesto, no era pariente mío, creo que se conmovió al ver a un pequeño aspirante sufriendo inerme los abusos de los futuros compañeros; ni él ni yo, entonces, habríamos de imaginar la entrañable y fecunda amistad que habría de unirnos el resto de nuestras vidas, ni mucho menos, anticipar la fecunda influencia que su amistad significaría en mi formación humanista, la sólida cultura y generosidad de Miguel Aguayo Mora.

Por supuesto que a pesar de la intervención de Miguel, que me libró de los aprendices de peluquero que me atormentaban, no me libré del paseo ritual por las calles de la ciudad. Allí íbamos todos los novatos pintarrajados, algunos hasta emplumados en un desfile grotesco que provocaba la diversión y la burla de muchos y la desaprobación y el rechazo de otros más.

Iniciaba la caminata un pequeño carretón de dos ruedas jalado por un asno, que llevaba consigo al “rey” y “reina” del desfile, dos pobres compañeros vestidos con garras prófugas de algún basurero con sendas coronas de cartón de donde pendían groseras cabelleras de jarcia burda y con una escoba vieja como cetro.

Los demás seguíamos formados en orden como comitiva padeciendo a cada paso los empellones y burlas hasta culminar en el Jardín de San Marcos donde nos echaban a la pileta que se halla bajo el quiosco central y allí nos dejaban libres, semidesnudos, pintados y empapados a mitad de la calle.

Esta bárbara costumbre se acabó cuando Humberto Martínez de León llegó a la rectoría del Instituto. La prohibió definitivamente sustituyéndola por actos humanos y nobles de bienvenida para los alumnos de nuevo ingreso.

Después de esta pesada experiencia vivíamos luego la sorpresa amable de ingresar un ámbito cordial, amistoso y dis-

tendido que fue siempre el ambiente inolvidable y fecundo de nuestra vieja Prepa.

Aquel primer patio cuadrangular con las típicas arcadas que lo circundan en los dos pisos, nos comunicaba un vago aire de solemnidad y de respeto, nos evocaba un sentido de pertenencia con lo tradicional, lo sagrado y lo histórico; la presencia imponente de la espléndida cúpula del vecino Camarín de San Diego nos recordaba que estábamos accediendo a un espacio cuasi sagrado.

Cuidaban el portal de ingreso dos modestos personajes de huaripa y huarache que se alternaban en hacer el aseó del edificio y la vigilancia; abrían y cerraban el portón al inicio y al final de cada jornada de trabajo; los llamábamos familiarmente los “Charros” o los “Viejos” y fueron siempre amigos cordiales a quienes nos enseñamos a querer sinceramente durante nuestra vida de estudiantes y aún después, como exalumnos agradecidos.

Autoridades

Las primeras autoridades con las que teníamos que vernos a todas horas, ya sea para poner en orden nuestros papeles oficiales de ingreso y luego los de resultados académicos en su oficina de la secretaría general, como luego en los salones donde nos impartía clases de dibujo, o en los patios donde se afanaba en poner orden al bullicio y la travesura estudiantiles, fue aquel atildado caballero con corbata de pajarita y vocerrón entre atiplado y ronco, pero siempre cordial y accesible, don Ricardo Rodríguez Romo, a quien llamábamos con cierta familiaridad, simplemente “Don Richard”.

Aquella voz que recordaba el sonido de unas sogas moadas que se restregaban, hacía el milagro de hacerse límpida y bien entonada cuando cantaba, cosa que le gustaba hacer a Don Richard de vez en cuando en algún rato de convivencia casual.

La otra autoridad con la que teníamos que vernos no era otra que la presencia imponente del rector, el hombre que consiguió la autonomía de la que todavía nos enorgullecemos, el doctor Rafael Macías Peña, ilustre médico y excelente cirujano que gozaba de la admiración y respeto de todos los sectores de la sociedad y de la región.

Era un hombre impecablemente vestido con un andar de pasos lentos, pero firmes, que irradiaba un sentido de autoridad por todos lados. En la cátedra era brillante sin aspavientos, pero seguro de tener atrapada la atención de los alumnos en todo momento. Fuera de las aulas se permitía a veces reprimir los desatinos de los estudiantes con alguna palabrota contundente que disfrutaba sin ocultarlo, por el anonadamiento en que dejaba al destinatario.

El doctor Rafael Macías Peña gozaba del acatamiento y respeto especial de todos nosotros, no sólo por la autoridad que representaba ni por su imponente personalidad, sino por el prestigio profesional que todo mundo le reconocía.

El estudiantado siempre ha sido chusco y atrevido y nunca se ha dispensado de poner algún mote a sus maestros; la familiaridad del trato cotidiano y la bonhomía y afecto que deparaban los docentes, era correspondido a veces con apodos, que más que burlescos, eran una forma traviesa y fresca de corresponder a un aprecio que era mutuo y permanente.

Pero en el caso de nuestro rector las cosas eran distintas, nos apreciaba como los demás profesores lo hacían, pero su talante autoritario marcaba una raya imposible de cruzar; nuestro afecto hacia él era una mezcla de admiración, respeto y gratitud... pero el diablo nunca deja de meter la cola para romper vigencias, costumbres o valores y deslizar en nuestros oídos las más audaces tropelías disfrazadas de jocosas travesuras.

El doctor Rafael Macías Peña nos impartía la clase de Anatomía en el tercer grado de secundaria, en el primer salón de la planta baja oriente del edificio; luego que estacionaba su automóvil frente al Parián, se dirigía al Instituto con aquel

paso lento y aquel empaque natural que nunca lo abandonaban, pasaba primero a la Dirección a despachar brevemente los asuntos del día y luego entraba en aquella aula donde siempre lo esperábamos todos sentados en orden en nuestros lugares.

Una tarde en que lo vimos llegar con impecable terno azul oscuro, no recuerdo si algún malicioso compañero o el mismo Satanás en persona, me susurraron al oído lo divertido que sería espolvorear un poco de gis en su silla y malograr por un momento su elegante vestido.

Cogí el borrador del pizarrón que estaba materialmente lleno de polvo blanco, me puse a llenar febrilmente el asiento del maestro con aquella basura ante el silencio cómplice de mis compañeros; para mi desgracia, el doctor Macías Peña entró sin sentirlo al salón como acostumbraba y mis malditos compañeros no fueron para alertarme; mientras más ocupado estaba en mi actividad, sentí sobre mi hombro la mano pesada del maestro al tiempo que me espetaba con voz firme: “¿Ya acabó usted?”, mi asombro se volvió pavor cuando escuché la terrible sentencia: “¡Salga inmediatamente del salón!”

Salí encogido, derrotado moralmente, asustado y me senté a vivir mi frustración y mis temores en el último rincón del segundo patio, a secar alguna lágrima y a esperar lo que seguramente sería mi expulsión del Instituto y el ominoso castigo ejemplar en casa.

Pasaron largos días de angustiosa espera y ninguna de esas dos amenazas se cumplió; no fui expulsado ni mi familia recibió queja ninguna; se me permitió volver al salón, aunque el doctor Macías Peña, que antes de este desgraciado incidente tenía conmigo arranques amistosos cuando pasaba por el patio, me daba un coscorrón de pasada y en ocasiones se divertía haciendo alguna broma a mi inmadurez; yo era el alumno más joven de la generación y en más de una ocasión me quitó de un manotazo el cigarrillo de la boca conminándome a no caer en el pésimo hábito de fumar (la primera cosa que nos enseñaban los mayores cuando ingresábamos).

Después de aquel hecho desgraciado no volvió a dirigirme la palabra; me permitió volver al salón, pero ignorándome siempre; cursé luego los dos años de bachillerato, pasé a la ciudad de México a la Universidad Nacional y aún estuve algunos años más en el Hospital Infantil, sintiendo en mi corazón la pérdida de la confianza y el afecto de aquel hombre a quien admiré tanto y que ahora, al regresar como profesional a mi ciudad, era nada más y nada menos el paradigma e indiscutible Decano del gremio al que me sumaba.

Una mañana en que me encontraba en mi recién abierto consultorio, ocupado con algún pequeño doliente, suena de pronto el teléfono y por poco me caigo de la silla; al contestar la llamada, oí la voz contundente del viejo y respetado maestro que con aquel sentido del humor que a veces tenía y su regusto por decir “tacos”, me soltó de pronto: “¿Ya se le quitó lo carboncito?”. Con la turbación que aquello me causaba, la mezcla de sorpresa y de alegría tanto tiempo sepultadas, le respondí como pude: “Le estoy haciendo la lucha, maestro, pero ya que lo tengo en la línea, déjeme pedirle perdón por la grosería y el atrevimiento que un desdichado duende me indujo; le aseguro que a pesar de aquel desatino siempre lo he admirado y lo he querido”. Yo estaba emocionado por el reencuentro; entonces el doctor Rafael Macías Peña me confió algo inmerecido, pero que desde entonces llenó mi vida de gratitud y humildad, me dijo: “Le llamo porque ya me cansé de dar la clase de Anatomía en el Instituto, voy a dejar la vacante y hay por ahí varios tiradores que la quieren; mi deseo es que usted la tome y he dado instrucciones a la secretaría para que lo llamen y espero que lo acepte”. Le agradecí como pude, turbado por el inmerecido honor que me confería y sobre todo por la noble lección de perdón y generosidad que me daba.

Así comenzó la segunda trayectoria profesional de mi vida, la de maestro; y la limpia lección del doctor Macías Peña fue siempre guía y ejemplo; cuando muchos años después llegué a ser rector de la Universidad que nacía, sufrí varias veces

los ataques, las bromas y hasta las acciones atrevidas y mendaces de algunos estudiantes a quienes tuve entonces en mis manos para cortales el pescuezo y truncar sus estudios; pero el recuerdo de lo que había hecho el doctor Macías Peña conmigo, siempre detuvo mi mano; me ayudó a comprender que la juventud es traviesa y revolucionaria como normalidad biológica y me ayudó también a ver con claridad la inteligencia y el talento que tenían aquellos muchachos, que hoy son brillantes intelectuales, investigadores y escritores reconocidos y algunos de los amigos más fieles y queridos de mi vida.

Después de aquel reencuentro con mi admirado maestro, pudimos cultivar mientras vivió, una amistad sincera y cercana que permitió en algunas ocasiones me revelara recuerdos y sucesos íntimos de su vida personal y profesional. Recuerdo con especial afecto aquello que me contó y vivió una madrugada con su padre; era entonces un joven médico que iniciaba su vida profesional aquí y vivía con su papá, el doctor Francisco C. Macías, médico también, ex director del viejo Instituto. Por aquel entonces, el doctor Francisco C. Macías estaba ya fatalmente enfermo, respiraba y se movía con dificultad; pernoctaban en habitaciones adjuntas y una madrugada el joven médico Rafael Macías Peña despertó a los golpes en la puerta de la casa y en su ventana, de alguien que buscaba ayuda con urgencia; arrebujado entre las sábanas, dudando entre levantarse y esperar a que cesaran los llamados, comenzó a escuchar que su viejo padre comenzaba a vestirse con dificultad; se levantó para ver qué le ocurría y vio con sorpresa cómo batallaba para levantarse; lo invitó suavemente a recostarse de nuevo y el viejo médico le apartó la mano y le dijo algo que nunca llegó a olvidar: “Voy a cumplir con mi deber”; le echó en cara que los médicos no nos pertenecemos y no tenemos derecho al descanso cuando alguien necesita de nuestro auxilio y es deber que nos impone el ministerio con que fuimos consagrados. Una lección que el doctor Macías Peña no olvidó jamás, ni lo olvidé yo, porque se quedó grabada también en mi conciencia.

Los maestros

El doctor José González Saracho era un hombre mayor cuando yo lo conocí; debe haber andado ya por los últimos setentas y su físico obeso y las rodillas desgastadas lo hacían atravesar el patio para encontrarse con nosotros en el aula, con un paso cansino y balanceante, pero seguro.

Tenía un carácter suavemente irónico y divertido y no ocultaba el inmenso goce vital que representaban para él la cátedra y el noble quehacer de ir desbastando nuestras ignorancias. Creo que en el fondo se divertía con nuestros desatinos y nosotros disfrutábamos de su talento y de sus bromas; la profundidad con la que nos enseñaba las raíces griegas y latinas fue en adelante pilar que nos facilitó en la Facultad el manejo y la comprensión del lenguaje médico.

Nos reprendía con su buen humor un poco sarcástico y en vez de propinarnos una regañiza salía con alguna ocurrencia, como aquella que me dedicó un día que hice una trastada: “Que vayamos a los toros y te sientes junto a mí, eso sí; pero que distraídamente introduzcas tu mano en el chaleco y me extraigas el reloj, ¡eso no!”. Sus admoniciones y ocurrencias siempre acababan con la celebración jubilosa del grupo; sentíamos que nos quería y nosotros lo queríamos de verdad.

Nunca se aguantaba las ganas de soltar una broma festiva por el menor pretexto; una mañana en que topamos en clase con la raíz griega “melanos” recordó que a nuestro compañero Eduardo Guillén le decíamos –con toda justificación– “El Prieto” y nos dijo: “Aprovechen hoy para no seguir denostando a Guillén con ese mote infamante; de hoy en adelante será ‘Melanias’”. El alboroto que acompañó aquello fue mayúsculo; pero eso no fue todo, aprovechando la ocasión algún compañero travieso le dijo: “¿Y a nuestro compañero Liborio, cómo le vamos a poner?” Y contestó con aquella sorna suya: “No necesita más, así como le puso su papá es suficiente”. Otra algarabía desbordante.

No se crea que su clase era un desorden; por el contrario, fuera de las licencias jocosas con que aderezaba los trabajos de aprendizaje, su enseñanza resultaba seria y fecunda.

Con él cursamos Zoología en secundaria y Raíces greco-latinas en el último año de bachillerato; todavía recuerdo con emoción cuando al terminar el curso que nos despedía ya de la querida preparatoria para lanzarnos a la aventura de la formación universitaria, terminó la clase con una emoción interior que nos sobrecogió; recitó algún fragmento poético que venía al caso y nos dio consejos que nunca olvidaremos dejando correr algunas lágrimas de sus ojos cansados, tras aquellos lentes, uno translúcido y otro esmerilado que celaba al ojo que no veía.

Otro maestro que también se emocionaba hasta las lágrimas cuando la materia que nos impartía lo conmovía, era don Eduardo Rodríguez Láriz, abogado brillante y excelente profesor de Literatura, materia que dominaba e impartía con erudición y elegancia difíciles de olvidar.

El ingeniero Efraín Cobar Lazo era nativo de Guatemala, pero acabó siendo un enamorado de México. Era ingeniero químico y tenía a su cargo el Laboratorio de Análisis Clínicos de la Delegación de Salubridad en el Estado y fue durante muchos años el titular de la materia de Química en el Instituto.

Era un profesor estricto, pero cordial y amable, que poseía el arte de enseñar con sencillez y claridad las cosas más complicadas.

Todos lo queríamos mucho y en varias ocasiones le agradecemos la generosidad de recibirnos en privado en su laboratorio, cuando se nos complicaba entender alguna lección. Estoy seguro que a él se le debe gran parte el éxito que dos compañeros nuestros alcanzaron a nivel Nacional: Guillermo Ceballos “La Mula”, se graduó en la Escuela Nacional de Química de la UNAM y llegó a ser, hasta su muerte, el maestro cervecero del complejo industrial de las cervecerías Corona, es decir, el químico más importante de la industria cervecera nacional. Y Jesús Romo Armería “El Chaparro”, compañero de generación que

un día por poco se mata en la Prepa haciendo el experimento químico de “la serpiente del faraón”, cuando todo le explotó en la cara dejándole algunas señales permanentes; después de graduarse en la UNAM prosiguió una brillante carrera de investigador que lo llevó a encontrar la síntesis de la cortisona de la raíz de un agave, trabajo que abrió las puertas a grandes avances en la farmacología internacional.

El profesor Alejandro Topete del Valle nos cautivaba por dos cosas: primero, porque como aprendices de fumadores veíamos con deleite aquellas largas humaradas que espiraba y se deshacían lentamente contra los rayos del sol del atardecer que se filtraban por las ventanas. Pero sobre todo, lo admirábamos por la clase de la Historia de México que nos impartía; su exposición era sabrosa, cálida, erudita y sobre todo imparcial; esta palabra se dice fácil, pero escapa a la mayoría de los historiadores en todas partes y en todas las épocas; los hechos históricos, documentos y testimonios son manipulados y matizados de acuerdo con las preferencias, convencionalismos, creencias o ideologías de quien los interpreta.

El profesor Topete del Valle nos fue revelando una historia de nuestro país sin buenos ni malos, fabricada y moldeada por seres humanos como nosotros, que trataron en su momento de vivir el acontecer con las mejores intenciones, sus claras virtudes y grandes defectos.

Nunca tendremos suficiente moneda espiritual para agradecer a don Alejandro este insigne servicio pedagógico, tanto como su gran dedicación al estudio de la historia y de nuestras culturas regionales de las que nos legó un archivo invaluable de informaciones y testimonios.

El doctor Rafael de la Torre fue nuestro maestro de Física y el ingeniero Blas Romo de Trigonometría; ambos nos impartieron estas duras e importantísimas materias en el último año de bachillerato; los dos fueron igualmente serios y rigurosos en la cátedra; a esas alturas, ni éramos ya tan irresponsables ni traviosos como en los años de secundaria, ni las materias

que nos impartían lo permitían; estábamos a punto de salir hacia la educación superior y un temblor de ansiedad ante lo que nos esperaba, tanto como el apremio a que nos obligaban dos materias que ameritaban toda nuestra concentración y esfuerzos, le daban un aire de respeto al aula. A estos dos ilustres maestros les debemos el abrir la puerta a la seriedad de la formación profesional.

Los egresados de aquel bachillerato que escogimos la carrera de Medicina, debemos especial gratitud por las enseñanzas y cimientos morales para enfrentarnos al conocimiento y al ejercicio de la profesión, a dos maestros que nos impartieron: Biología, el doctor Salvador Martínez Morones y Física médica el doctor Salvador Ramírez Martín del Campo, que al correr de los años tanto apoyó a la fundación de la Escuela de Medicina y la Universidad.

El doctor Alfonso M. López era un personaje especial; yo no sé si algún día ejerció plenamente su profesión de médico; cuando lo conocí en la preparatoria, era sólo un profesor perdidamente enamorado de Francia y del idioma francés —que nos impartía con solemnidad—, y de las aulas, la cátedra y la caterva estudiantil; ésos eran el amor de su vida y la razón de su existir.

Lucía un bigote decimonónico que se atusaba a cada rato con delectación evidente y gustaba que sus zapatos brillaran siempre con un lustre impecable; a la muchachada nos gustaba hacerlo renegar pisándole las punteras de su calzado como si fuera descuidadamente y nos ganábamos algún “No sea usted estúpido”, epíteto que gustaba soltar en clase a cada rato, ya sea como llamada de atención o como correctivo por algún error en la pronunciación.

El primer curso de Francés que llevábamos en secundaria lo impartía el doctor López con aquel peregrino y divertido librito *Le tour de la France par deux enfants*; para la picardía con que empezábamos a vivir la vida, aquella historia increíble y fantástica de dos niños pequeños que deciden echarse a andar por

los caminos de Francia para conocerla entera llevando consigo como si se tratara de una mascota una vaca, nos fue dejando en el espíritu el dulce encanto de lo inverosímil, la pureza de intención del alma infantil, el afecto casi filial a nuestro viejo maestro y, sobre todo, la enseñanza maciza de lo esencial de la lengua francesa.

Al doctor López le decíamos cariñosamente “Chapeaux”; tenía la debilidad ciertamente humana de hacer que las alumnas ocuparan los asientos delanteros de la clase, porque le gustaba iniciar las actividades dejando deslizar sus quevedos a la punta de la nariz para dejar que sus ojillos traviosos tuvieran el agasajo inocente de recorrer las pantorrillas de nuestras compañeras, que maliciosamente se hacían las desentendidas. Una mañana, Alberto Valdez “El Macaco”, tuvo la ocurrencia de sentarse en la primera fila entre las muchachas, se arremangó los pantalones y cuando el maestro se acomodó las gafas para su cotidiano pase de revista a las piernas femeninas, se encontró de pronto con unas toscas rodillas y unas pantorrillas antiestéticas y peludas; se paró de la silla, echó un basilisco y le atizó a “El Macaco” un gran sopapo con aquellas manazas que tenía, al tiempo que le recitaba todos los epítetos del caso. Después del alboroto mayúsculo que se formó, mandó guardar silencio y prosiguió la clase como si tal cosa, tan tranquilo y ensimismado en la lectura de la lección donde lo habíamos dejado, como si no hubiera ocurrido nada.

Con frecuencia lo hacíamos enojar diciéndole que había algunos compañeros que no cursaban francés y se expresaban displicentemente de la “lengua de la diplomacia”.

A ciertos compañeros maliciosos se les ocurrió escoger el nombre de Aníbal Westrup para decirle al maestro que este joven afirmaba que el francés era una lengua muerta y Francia una nación en decadencia. Se ponía fúrico y bramaba: “¿Quién es ese imbécil de Aníbal?” Y se quedaba con la duda insatisfecha, para que días después, volvíamos con la misma cantaleta de que Aníbal decía tal y tal. Llegó a incitarse tanto,

que un día en que Aníbal Westrup –quien por supuesto ignoraba todo– entró a la secretaría por algún trámite mientras salía de ahí el doctor López, quien al oír su nombre, lo tomó de la solapa, lo sacudió y lo bañó de toda clase de lindezas y denuestos ante el anonadamiento del pobre Aníbal, ajeno al motivo de aquellos exabruptos.

Es verdad que con el doctor López nos tomábamos licencias que con otros maestros eran impensables; pero también es cierto que lo quisimos y agradecimos como al que más, porque en medio de aquel ambiente gárrulo y festivo que nos toleraba, dejó impreso en el alma el amor a la lengua, el amor al estudio y el apego a los valores esenciales de la vida.

Cuando por algún desacuerdo con las autoridades fue separado (tal vez injustamente) de la cátedra, se le acabó la ilusión de vivir; se sentaba todas las mañanas en la bolería del Parían frontero al Instituto, volteando la cara a cada rato a la fachada del viejo edificio y esperando la salida de la muchachada para charlar con ellos.

Maestras

Un puñado de mujeres egregias perfuman el recuerdo cuando evocamos con gratitud el tesoro de enseñanzas, valores y sabidurías que nos fueron entregados mientras transitamos por las nobles aulas del Instituto.

Conchita Maldonado, Enriqueta González Goytia, Rosa Trillo, Vicenta Trujillo, May Wilson, Ruth Leslie, nombres inolvidables, que al tesoro de su valía intelectual, añadieron generosas la entrega, la ternura y el cariño que sólo las mujeres pueden dar.

El caso de Vicentita Trujillo es especial; en un cuerpo menudo escondía toda la energía que mueve el universo; su amplia frente y sus delgados labios en tensión, comunicaban un sentido de presencia autoritaria y de seguridad personal,

irresistibles. Era en realidad un pozo de saberes que dominaba a plenitud y su erudición que iba de las ciencias exactas a las humanidades sin dejar resquicios, era ampliamente reconocida.

Como sucede frecuentemente con los personajes que han generado justo prestigio con su esfuerzo y su talento, suele pasar que les sobren panegiristas que se afanan fantasiosos por multiplicar ese lustre. Recuerdo un día en que un grupo de amigos que hacíamos alusiones admirativas al talento de Vicentita, su sobrino, el doctor Luis Trujillo Miranda, que tenía fama de exagerado y mendaz, se creyó en el deber de participar en los elogios que hacíamos de su tía, contándonos una anécdota inverosímil: nos dijo con desparpajo que al quedar instaladas finalmente todas las instalaciones ferroviarias en la ciudad, los técnicos norteamericanos se retiraron dejando en el patio de máquinas del taller una locomotora gigante sin instrucciones de su manejo; nuestros noveles maquinistas locales no hallaban cómo moverla, creando un problema de tráfico vial que eran incapaces de resolver, cuando alguien sugirió de pronto: “¡Llamemos a Vicentita!”; en efecto hicieron llevar a la maestra hasta los talleres de los ferrocarriles; con una agilidad impropia de su condición y de su edad, Vicentita se trepó a la cabina de aquel monstruo mecánico y sacando la cabeza por la ventanilla, preguntó a la inquieta multitud con la seguridad autoritaria de quien lo sabe todo: “¿Para dónde la quieren mover, para atrás o para adelante?”. Aplausos, risas y bromas cerraron el chusco episodio, que confirma aquello de “crea fama y échate a dormir”.

Por supuesto, Vicentita sufría con filosófica paciencia la pesadumbre que llevan consigo las ansias de saber, la entrega al estudio sin descanso y ese consumir cada minuto de la existencia en servicio de los demás.

Compañeros

Los lazos de amistad que se anudaron en la Prepa son presencias permanentes a lo largo de mi vida. Recuerdo como si fuera ayer, la generación de muchachos que ingresamos al tercer ciclo de secundaria en el año de 1937. Como sello de nuestras claves estudiantiles de comunicación, quedan en la memoria los apodos con que nos identificábamos festivamente; predominan los nombres de animales, como si no se nos hubiera borrado la familiaridad que teníamos con ellos en la niñez; entonces, la frontera que divide a los seres humanos de los demás animales era difusa o no existía, eran personajes de nuestras historias pueriles, que dialogaban con nosotros con naturalidad. Esta mágica permanencia en las profundidades del pensamiento, nos hacía invitar de nuevo a nuestros amigos animales para convivir con nuestros nombres en las aulas, los patios y los juegos. Recuerdo con un afecto que no ha muerto, a este conjunto de amigos: Jorge de la Torre “El Tejón”, Alberto Valdez “El Macaco”, Alberto Romero “El Azorao”, Luis Cruz “La Estrellita”, Pascual Rodríguez “El Farol”, Jesús Salas “La Abuela”, Javier Jiménez “La Burra”, David Medina “La Mora”, Eduardo Guillén “Melanías”, Juan José Chávez “Chavitos”, Jesús Romo Armería “El Chaparro”, mi hermano Ramón “El Colorín”, Oscar Luis Ibarra “El Pelón de Celaya”, Ramiro Ornelas Ponce, Liborio Aguilar, Demetrio Tiscareño, Víctor Manuel Loera “El Loro”, “La Chachalaca” quien esto escribe, y nuestras queridas compañeras María Uriegas Sánchez, Amandina de León Botello, Glafira Rodríguez Domínguez y Lucia Castañeda Sandoval.

Por supuesto que nuestros lazos de amistad se ampliaban hacia abajo, con compañeros que cursaban los primeros años de secundaria, como Carlos Ortiz González, Gabriel Navarro “La Misteriosa”, o los que iban más delante de nosotros, como Felipe Reynoso, Enrique Moreno “El Pilón”, Jesús Martín González, Jesús Antonio de la Torre “El Matlacueye”, Humberto González Araujo “El Tico”, Alfonso López Apari-

cio, Miguel Aguayo Mora, Lázaro Jaramillo, Carlos García "La Mosca" y Guillermo Hernández Duque "Cocoliso". En vacaciones recibíamos la visita de los egresados que ya cursaban en la Universidad Nacional de México y nunca se dispensaban de visitar a nuestra vieja casa con sus patios evocadores e inolvidables; a ellos los veíamos con una mezcla de envidia sana, admiración y respeto y apreciábamos charlar con ellos para que nos contaran algo de aquel mundo complejo y misterioso al que soñábamos llegar algún día; así fuimos conociendo nuevos amigos como "El Güero" González, "El Platanillo" Villanueva, "El Caplán", Héctor Menchaca, Roberto Rodríguez, Rubén de Lira, Almanza y algunos otros.

Nombres, circunstancias, sucesos, andanzas y recuerdos, que han dejado mi espíritu atrapado para siempre en las viejas arcadas del claustro y el calor amigo de las aulas que me vieron pasar.

Un sonetillo romántico que escribí en la madurez de mi vida, quiere decir algo de esto de alguna manera en el segundo cuarteto:

Y en los arcos del claustro franciscano
que duermen bajo un domo vigilante,
vaga también mi juventud, errante,
como fantasma de sentido arcano.

Alfonso Pérez Romo



Imagen 1. Fotografía en donde aparecen Alberto Romero, Ramiro Ornelas Ponce, Alberto Valdéz Delgado, Jesús Castillo Ibarra, Antonio de Alba Padilla, Ramón Pérez Romo, Jesús Romero Armería, Juan José Chávez Ramírez, Jesús Salas H., Javier Jiménez Díaz, David Medina Mora, Luis Cruz Ramírez, Oscar Luis Ibarra Sánchez, Jorge de la Torre Medina, Demetrio Tiscareño Ramírez, Liborio Aguilar Láriz, Víctor M. Loera, Rafael Macías Peña, José González Saracho, Ricardo Rodríguez Romo, Glafira Rodríguez Domínguez, María Uriegas Sánchez, Amandina de León, Lucía Castañeda Sandoval, Alfonso Pérez Romo. Fuente: AHUAA.